

El alma en el carriel

Escribe: DANIEL ECHEVERRI

I. LA ESTAMPA HUMANA

Sobre la tierra el hombre es la varilla de un breve reloj solar que marca la hora alta o temprana de su civilización. Allí está en mitad de la plaza aldeana el día de mercado —círculo suyo— nuestro campesino hincado siempre al suelo como una banderilla. Ahora se cuadra, echa adelante el pie izquierdo en auténtico paso de baile, y en cambio clava a plomo y cruzado el rudo diestro. Realiza así el prólogo de un acto solemne; va a requerir el carriel. De golpe maestro lo arroja luégo del cuadril al frente, suelta un copo de humo, monta la barbilla sobre un pliegue de la ruana y con mano honrada arranca la lanza hundida entre la piel de nutria.

El interior va apareciendo en fresco rojo, desnudo, escandaloso como la carne recién degollada. El carriel del campesino resulta ser una hermosa herida sentimental, una puerta abierta hasta el corazón. Con harta razón su dueño lo quiere y mima tanto! Guarda el alma en el carriel y el carriel en el alma. Todas las pasiones tienen puesto y representación en el cerrado cofre de cordobán.

II. LAS OBRAS DEL AMOR

Pende el carriel de la encina humana como un fruto espontáneo de la raza montañera. Nada se le asemeja en la tradición, nada en la miscelánea de artefactos que ingenió el egoísmo para guardar y esconder. Ni la bolsa de los bandoleros románticos fue su progenitora, ni la cartera de los bandoleros modernos es su hija. El carriel es un sér aparte con vida y pasión propias.

Cuando desaparezca el pueblo campesino que lo creó también desaparecerá él, pero en las vitrinas de algún museo de historia será entonces el agudo índice que señale las características de su dueño actual, al modo como las conchas delatan la existencia de moluscos, que habitaron los palacios del mar y sus vestíbulos de arena, en los remotos siglos.

Es un invento con miras exclusivas a lo práctico, igual en esto a todos los inventos del hombre elemental. Pero extendido el uso luego, cayó en el círculo de las cosas amadas por el pueblo y allí recibió la unción de esos toques estéticos que dicen del agradecimiento instintivo. Las guarniciones de cuero rojo y hule negro bordadas en hilo multicolor. Las chapas e incrustaciones de metal y sobre todo, la suave piel de nutria que lo embellece hasta la fantasía, fueron afeites sucesivos que el amor propuso para cubrir con la noción de lo bello, la visión cruel y directa de lo práctico. En este arte ingenuo se ve más que en nada, el instinto amoroso y soñador del pueblo. Cuando tuvo necesidad de crear algo enteramente suyo, desde el diseño original, lo realizó de suerte que el objeto dejara grata impresión a los sentidos. Hasta en la forma remedaba su propio corazón.

De otro ángulo, se ha advertido ya y hablado mucho de que el antioqueño tiene bien formados los conceptos de propiedad privada, de valorización económica, de la industria, de la riqueza y los negocios. Esto se debe a que tiene carriel, o lo tuvo. Es decir, a que lleva consigo la hacienda, la tiene a la mano, la percibe a cada instante. Si ella es diferente. El carriel es la cuna mecida del instinto económico.

III. ILUSION NECESARIA

La piel de nutria —que sin explicación así se llama aunque provenga de otro animal— resulta indispensable a la confección de auténtico carriel antioqueño. Más de un motivo justificador va en ello. La presencia del pelo vitaliza el artefacto; lo vincula a la parentela de los semovientes; le da la ligereza de la ardilla, la gracia de las liebres, la cautela de los amos del monte. Un carriel sin piel afelpada sería una cosa muerta y sin entronques con el pueblo que trae su origen de la montaña pródiga. Pero al mismo tiempo que es grata a la vista esa cubierta que recuerda al animal vivo, debe evocar en el oscuro instinto del labriego su antiguo carácter de cazador infatigable. Al pasar

la mano sobre el delicado cuero de su carriel, una leve fruición venida del ancestro satisface sin duda el corazón del hombre, porque allá en el rincón elemental se siente de nuevo cazador afortunado.

Pero cabe aún otra hipótesis: No necesitará el tacto de satisfacciones puras como el oído necesita a veces la música en la soledad y el olfato ha menester la esencia grata? No será la piel de nutria en el carriel una esclava complaciente al tacto ciego de esos príncipes humildes...?

IV. ALCURNIA CASTIZA

Medítese sin rigor un instante del modo como el campesino resolvió el problema de llevar consigo los enseres amados, su ingenuo tesoro y de estar al propio tiempo expedito para el viaje o el trabajo. No los ató a la cintura con talabartes y correas como al machete, mitad honrado y mitad criminal. Tampoco los colgó al cuello como algunos llevan vilmente colgada una talega. No eran éstos los modos adecuados al carriel querido. La ruana, femenina, abraza a su dueño por el cuello. El carriel lo ciñe, cruzándole muy castizamente el pecho, a la manera de tahalí que soportaba el peso de varonil espada fielmente firme al flanco de su señor. Ilustre abolengo el de esa correa ancha y brillante que adorna el torso montañés. Realizada la conquista del Nuevo Mundo, los cristianos caballeros de Castilla licenciaron de sí los bélicos arreos y dejaron apenas sobre el pecho el tahalí destinado en la paz a una misión tranquila, soportar el peso de la bolsa donde iban holgadamente acomodados todos los caudales de su orgullo y su pobreza.

Mas no solamente por ahí se insinúa la hidalguía del carriel. También la pregona el cuero delicado que a su fabricación se aporta y que en la "Blanca Córdoba de juncos" recibió el agua bautismal. Embriaga hundir la mano entre regalones pliegues de badana y cordobán, que hasta con sus nombres acarician.

V. HOGAR Y PAISAJE

El carriel es por excelencia obra de la montaña y para el montañés. Sus fuelles remedan la topografía caldense y antioqueña, donde las elevadas sierras erigidas en sucesiva alineación

ción, cortan valles profundos como bolsillos y secretas. Sutil evocación del paisaje materno existe en el fondo del carriel. Cuando los dedos de su dueño los recorren en busca del objeto guardado en alguna caverna de aquel breve laberinto, en algo se repite la escena de cruzar el hombre cumbres y hondonadas.

Y luégo, más en pequeño, no se calca allí también la estructura del hogar campesino? En la casa del labriego nuestro, con ser "estrecha a tanta vida", se logran, sin embargo, la conveniente separación de las personas, el sitio apropiado a cada cual, el orden, la jerarquía, el escalafón de la honestidad. Están pues, resumidos allí la patria y el hogar, con la estructura de éste y la topografía de aquélla.

VI. MISCELANEA SENTIMENTAL

Pero después de todo, el carriel no es más que una bolsa disimulada traída por un andariego a escondite y seguridad de sus haberes íntimos. A pesar de ello, con cuánto temor el ánimo inicia su recuento! Es como si se ensayara desarmar en sus mil piezas la máquina del corazón, darles vuelta y volverlas luégo a su sitio exacto, sin que se rompa o falle nada en la aventura. El campesino guarda en el carriel su alma hecha trebejos.

En el bolsillo de los papeles están acaso representados los más generosos sentimientos del campesino. Aquí están, señor primero en el convite de los sentimientos, el amor, sencillo sí, pero más que una montaña: la carta de la amada, tesoro sin medida, testigo de su fidelidad y sus virtudes, escrita con el más perfecto orden en el reparto de los errores ortográficos. Con causa sobrada cuando el hombre honrado del carriel tiene una esquela, ya es capaz de agigantarse o de llorar. Allí la guarda en arras del próximo casorio y no es escaso que el retrato de la amada ausente y una sortija de su cabello, tocados por la fuerza invencible de la magia negra, le entreabran ya la puerta del paraíso. En el mismo bolsillo de los papeles hay otros muchos heterogéneos, casi todos inútiles y destinados apenas a vivificar ilusiones, o si no, para qué el viejo manifiesto político doblado en ocho?, y la cédula que despertará de su sueño de mugre con el manifiesto de brazo hecho electores? La fórmula del médico que costó un peso en la consulta, otro en la botica, y dejó como único saldo un frasco más en el aparador de la cocina.

Parece mentira que allí tan cerca, en los aposentos de la vecindad, habiten la bárbara barbera, el espejo coquetón y paliducho, el honrado mechero, el pañuelo rabuegallo, los dados tramposos, el Cristo bendito, la mula y los tabacos calillas, el congolo de la suerte; la contra de la culebra coral, algunas monedas, aguja de arria y cabuya. No se sucede todo esto en una desgonzada biografía? Y aun muchas cosas se olvidan y otras se ignoran, porque las secretas son secretas...

A esta heterogeneidad material y sin estructura aparente, corresponde un cúmulo de valores sentimentales en armonioso juego. Cualquier análisis ordenador revela hermosas leyes. Se ha desleído tanto en nuestro corazón el colorín de la sensiblería, que es casi imposible, por ejemplo, ver a la barbera en sentido exacto. Brilla siempre teñida de pávido prestigio. Santa de acero y marfil, nimbada de resplandores y leyendas. No obstante, su cuna es honrada. Los montañeses antioqueños y caldenses son hombres barbados, por contraposición a los indios y negros lampiños. La navaja vino de brazo del típico espejito zapote en ayuda de la estética y de la higiene. El campesino carga la barbera porque se afeita, como cualquier blanco del marco de la plaza... En principio carece de aprensión criminal y la suya es solamente una herramienta de la estética. Idea tan simple alcanza, empero, una tremenda proyección sociológica que explica de paso muchos fenómenos patrios, siendo el primero de ellos la capacidad de este hombre para evolucionar en el breve paso de una generación, desde su plano montaraz a elevadas esferas sociales.

Claro que a veces la barbera se cambia de herramienta en arma. Pero así y todo, tiene nobleza. Para herir con ella, su dueño ha debido acercarse al rival hasta el punto de entregar por completo su cuerpo al contra-ataque y de ofrecer fácil blanco al arma enemiga. Cobarde es la que mata o hiere a distancia y por sorpresa, no ésta que se levanta en el ápice del coraje; que sólo puede ser agrandada por la voluntad, el valor y el arrojo individual.

VII. RELIGION Y SUPERSTICION

Sobre la fértil fe del campesino, la religión y los agüeros crecen unidos como el trigo y la cizaña de la parábola. Es imposible romper su convivencia sin matar la fe misma del cre-

yente. Por eso en el carriel se encuentran reunidos el Cristo o la camándula, o la medalla, o el escapulario, con el congolo de la suerte o el monicongo o la cóntra de la culebra coral. Cree su dueño promiscuamente en santos y en brujas, en milagros y en sortilegios, en símbolos religiosos y en trastos de conjuro. Sabe oraciones para que levanten los espíritus y exorcismos para enamorar o para destruir gusanos de la cosecha.

No es esto ignorancia únicamente. Es un profundo ensayo de emplear todas las fuerzas posibles, mecánicas y sutiles, en la lucha enorme contra el medio. Existe una fórmula copulativa de ambos sentimientos, que admira por su ingeniosa sencillez. Es ella el dogma montañero de que hay brujas, pero no se puede creer así. En el carriel están juntos el Cristo y la "contra de las culebras". Aquél inmuniza del diablo ésta de las sierpes. Dice la leyenda que la hermosa culebra coral carga siempre en la boca una piedra pulida y redonda como un huevo de tórtola. Cuando el feliz mortal, que se adueñe del objeto, bien por modo sorpresivo, bien por olvido del animal, ha logrado de la "contra", la inmunidad del temido veneno de los ofidios. Teniéndola, bastará únicamente rezar con todo fervor en los momentos del peligro:

*"Culebra guardacamino,
por qué me queréis picar,
sabiendo que soy la cóntra
de la culebra coral...?"*

VIII. RETORNO AL TEMA

No podrían ser reseñadas en breves palabras todas las cosas que integran ese corazón grande y repleto que es un carriel de seis fuelles. Quién describirá el alma ignota de nuestro pueblo? Pero cómo callar aquí el yesquero, por ejemplo? Nada tan útil y entrañable a veces. Es al mismo tiempo el depositario de la chispa y la premisa mayor de todo argumento campesino. Cuando el interlocutor ha expuesto sus ideas con acierto, no queda otro remedio que falseárselas mañosamente. Y entonces nuestro hombre saca el mechero y dice: "Pero oiga paisano...". Y da en seguida tres o cuatro golpes solemnes a la rueda dentada o a la piedra, como buscando se exprese por sí sola la convicción y salte la chispa de un pensamiento brillante.

Tanto se apega a la tradición al “recado de sacar candela”, que la cajita de fósforos no ha podido desterrarlo. La mecha amarilla de lenta combustión, la bolita de hierro con su anzuelo de pescar con seguridad, su piedra mágica, poseen, al fin de cuentas, demasiadas ventajas. El fósforo arrojado a la vera puede ocasionar incendios de pasto. Además cuando el caminante culmina en lo alto de la sierra que azota continuamente el viento, necesita de la estupenda afirmación que es prender un tabaco. Y la brisa que apaga una llama aviva un brasero...

El amor en la carta, el juego en los dados o en la baraja, la vanidad en el espejo, el orgullo en la barbera, la fe en el Cristo bendito, el vicio en los tabacos, el lujo en el pañuelo de seda, el sentido práctico en el mechero, su riqueza en unos pobres pesos ocultos en la secreta, la superstición en el congolo y en la contra, su Alter-Ego en la cédula, todo el hombre está, hecho de piezas, metido en el carriel.

Ahora se cierra, éste. Vuelve a caer la tapa, roja por dentro como una herida fresca, y suavemente afelpada por fuera entra la lengüeta en el pasador; la mano acariciante vuelve el guarniel al flanco; suelta el hombre una nubecilla de humo, mira satisfecho a su alrededor y todo él empieza a andar...

Salamina, 1950.